



Amor y erotismo en *Del amor y otros demonios*  
de Gabriel García Márquez

Julieta García

---

El objetivo de este artículo es exponer las formas en que el erotismo y el amor son abordados en *Del amor y otros demonios* (1994), novela de Gabriel García Márquez (Colombia, 1927). Particularmente se trata de mostrar que los vínculos erótico-amorosos entre Sierva María de Todos los Ángeles y Cayetano Delaura siguen una evolución: en un principio se establece que existen algunos elementos que llevan a pensar en el amor cortés, que luego sobrepasan debido a las peculiares sensibilidades y circunstancias vitales de los personajes. Es importante notar que esta propuesta de lectura, más que encajonar la novela en el marco de una preceptiva del amor cortés, pretende dar cuenta de la conducta erótico-amorosa de los personajes principales.

Para cumplir este propósito se hace imprescindible plantear algunos elementos relativos al amor cortés. Importa aclarar aquí que no hay acuerdos definitivos para precisar por completo esta forma de amor y lo que significa en última instancia; aunque existen coincidencias básicas. El artículo se divide en dos partes. En la primera, tal vez un tanto digresiva, pero como se verá, necesaria, se proporcionan algunas pautas que identifican al amor cortés; y en la siguiente se observa ya concretamente la relación entre Cayetano Delaura y Sierva María en función de la *cortesía* y el erotismo.

La anécdota que recogió García Márquez para dar forma a *Del amor y otros demonios* evidentemente tuvo la misión de recrear la historia maravillosa de Sierva María [1]. Pero también trató de reconfigurar mediante la ficción el mundo del que provino esa historia; un mundo que redescubre como dominado por la superstición, el fanatismo y el miedo, al punto que sus habitantes son incapaces de comprender, por ejemplo, las diferencias culturales a las que asimila con frecuencia a la esfera de lo demoníaco. De hecho, la historia marca que ésta forma de comprensión era normal (Weckman, 1994:163-183). En este mundo el erotismo y el amor fueron también “demonios,” o si se quiere más claridad, “tentaciones” que pone el Maligno para aprovechar las debilidades de los hombres para perderlos.

La época colonial que recreó García Márquez como marco espacial e histórico de su narración queda tipificada, entonces, como una época en la que todavía prevalecía la idea del “desborde del Infierno” en la tierra, una “pesadilla” que en el resto de Europa había terminado hace más de un siglo [2]. ¿Pero qué tiene que ver el amor cortés con esta situación de pesadilla? Lleguemos, primero, a un acuerdo en torno al significado básico de esta forma de amor.

El término “amor cortesano” o “amor cortés” -o “*cortesía*” o “culto al Amor” o “*fin amor*”- no se acuñó en la Edad Media. En 1883 el novelista francés Gaston Paris caracterizó con estos términos una actitud acerca del amor que se manifestó por primera vez en la literatura del siglo xii (Singer, 1992:35) [3]. Su importancia radica en el esfuerzo por crear un nuevo ideal de amor y por establecer una nueva concepción de las relaciones humanas. En este sentido, puede desatacarse estas líneas generales que delimitan la *cortesía*: 1) El amor entre hombres y mujeres es, en sí mismo, algo espléndido, un ideal por el que vale la pena esforzarse; 2) el amor ennoblece tanto al amante como al amado; 3) por ser un logro ético y estético, el amor sexual no puede reducirse a un mero impulso de la libido, 4) el amor se vincula con la *cortesía* y el cortejo, pero no necesariamente con la institución del matrimonio; 5) el amor es una relación intensa y apasionada que establece una sagrada unicidad entre el hombre y la mujer (Singer, 1992:39-40). Sobre este punto cabe advertir que el amor cortés y su codificación es realmente una forma de controlar el impulso sexual: “Este canon tan sutil constituye en realidad un código para reprimir el amor. Pero pocos, poquísimos, podrían llevarlo a la práctica. Es cosa de hombres literarios, en cuyas composiciones no hay ninguna traba, más que de personas” (Victorio, 1983: 37).

Las características concretas del amor cortés las proporciona Guillermo Séptimo, conde de Potiers (muerto en 1127), quien estableció con nitidez el código de la *cortesía*, (las *leyes de Amor*). Destaca, primero, y ante todo, la idea del “vasallaje” del caballero a la dama o señora (*domina*): “Permanece siempre atento a todos los mandamientos de las damas”. Esta relación supone un juramento de fidelidad semejante a la del señor con el vasallo o, mejor dicho, con su caballero. Para el amador todo estriba en aceptar, no la igualdad de la dama a quien ama, sino, su superioridad sobre él, y de advertir lo bien fundado de las exigencias de la amada, incluso de sus desprecios y sus crueldades. Esta "fidelidad cortés", además, entraba en franca contradicción con el matrimonio porque en este momento normalmente era un convenio entre los padres de los hijos contrayentes; un contrato entre familias en donde poco o nada importaban los afectos amorosos de los contrayentes. La mujer, además, estaba hecha para cumplir los designios del hombre. En este sentido, las consideradas “virtudes femeninas” (procreación y sumisión, por decirlo rápidamente) estaban en consonancia con la conducta de sumisión hacia el hombre. Y si el amor cortés pretendió un contacto diferente, pues en el contaba primordialmente lo que sentían los individuos, el matrimonio en muchos casos resultó un obstáculo. Por eso el amor cortés apareció con frecuencia en forma de infidelidad conyugal [4]. Pero se cuidaban de fomentar la fornicación, pues el amor cortés debía ser casto [5]: "No sabe de *donnoi* verdaderamente nada quien desea la verdadera posesión de su dama" ha dicho Fauriel (Rougemont, 1997:35). Es así que el amor cortés aparece como el "amor perpetuamente insatisfecho", dicen los estudiosos del asunto, aunque en la realidad no fuera así. Pero sobre todo, se puede concluir, como afirman Rougemont Markale y Singer, que este amor traduce un "derecho de la pasión". De ahí que para extender su pasión y tensar el deseo, los amadores se impongan trabas en todo momento (el "obstáculo querido") ¿Por qué preferir este amor en perpetua tensión (que es también sufrimiento) al que se realiza? ¿Por qué preferir el deseo a su cumplimiento, la felicidad inminente? Porque, afirma Rougemont (1997:459), a fin de cuentas los amados no se aman entre sí: se ama al Amor porque brinda la real posibilidad de “transfiguración” [6], y por ello se le exalta pero en cuanto que es una pasión que "atormenta"; es un "tormento delicioso", una vivencia sublime y a la vez trágica de la vida [7]:

Rougemont (1997:45), refiriéndose siempre a la leyenda germánica de Tristán e Isolda, considera que: “El obstáculo más grave es el que se prefiere por encima de todo. Es el más apropiado para engrandecer la pasión. Notemos también que en este extremo, la voluntad de reservarse reviste un valor efectivo más fuerte que la misma pasión. La muerte, que es la meta de la pasión, la mata.” Concluye el erudito su estudio del amor cortés con un conjunto de observaciones sobre la leyenda de Tristán e Isolda, a la que califica ya no sólo en términos de "amor-pasión", sino de "pasión mortal"(Rougemont, 1997:47) [8].

En el marco del amor cortés lo sexual y el amor tienen un carácter antitético o incluso antagónico: el amor cortés rehuye al cuerpo, alaba la castidad y pondera la lejanía de la dama en tiempo y en espacio; la dama vive, pues, intensamente en la imaginación del enamorado. Ella es, hasta cierto punto, un ideal abstracto y no es necesaria, específicamente, en cuanto persona, porque en el momento de la elección puede ser cualquier dama ideal quien llene las aspiraciones amorosas del caballero. Las ausencias en ninguna forma son un impedimento para quebrantar la dicha de los que aman cortésmente; incluso, como se señaló antes, el amado puede no haber visto nunca a su dama y gracias a ello evitarse los terribles problemas (tentaciones) debidos a la presencia carnal de la amada y así lograr elevarse con relativa tranquilidad hacia la esfera de la espiritualidad y la pureza. Se halla, pues, de por medio la fuerza de la castidad. Aunque es perfectamente pensable que a castidad, parte del rito (y del código) de la *cortesía*, no haya sido bien acatada, como lo afirman Singer, Markale y Rougemont. Sin embargo, esta idea parece elevarse a un primer plano una imaginación amorosa, pues es una sublimación ritualizada del impulso sexual que

transforma a la mujer amada en un ídolo inaccesible, en el ideal mismo del amor. Aunque, claro, la imaginación en el erotismo y la *cortesía* circulan realmente en frecuencias diferentes, mas no dejan de interceptarse, como bien lo recuerda Paz (1998:13) con su imagen de la llama doble.

Conviene recordar que si mediante el erotismo, la sexualidad y el amor se puede alcanzar la otredad, también es evidente que siendo la *cortesía* una particularización de estos fenómenos, muestra de una manera velada esa sed de otredad que, como Octavio Paz lo planteó, se delinea como el deseo de una realidad absoluta, alejada del tiempo y del desgaste propio de las cosas humanas; “lo otro” es la idea del amor o, en otras palabras, el amor ideal en cuya fusión se “pierde”, se olvida de sí quien ama de tal forma. Ésta es la meta de los seguidores del amor cortés.

Sin embargo es preciso recordar la tesis sustentada por Rougemont, Markale y Singer acerca de la atracción de estas formas de conducta por la muerte con el argumento de que el erotismo, al rechazar la procreación y vivir sólo en el presente, acepta una de las formas de finitud ligadas a la sexualidad; esta misma tesis, vista desde otro ángulo, significa que los amantes están pensando en la unidad absoluta, es un estado que está más allá de todos los obstáculos, y parecen encontrarlo sólo en su muerte y su posterior transfiguración, pues, recuérdese, son cristianos.

Dos factores más acercan hasta cierto punto al amor cortés y al erotismo, aunque la similitud es del todo formal: Paz define al erotismo como rito o ceremonia, y Rougemont Markale y Singer ven en la *cortesía* la misma intención formal de guiar la conducta de los implicados mediante una conducta regular.

Luego de estas precisiones y de nuevo en el terreno de la novela, la situación que marca con la que da inicio al tema del amor es el enamoramiento de Cayetano y Sierva. Su encuentro está enmarcado bajo la figura de la fatalidad y lo maravilloso, en la medida en que un sueño premonitorio les indica que sus vidas se habrán de entrelazarse. En este sentido, estos personajes al amarse no hacen otra cosa que seguir su sino:

Delaura había soñado que Sierva María estaba sentada frente a la ventana de un campo nevado, arrancando y comiéndose una por una las uvas de un racimo que tenía en el regazo. Cada uva que arrancaba retoñaba enseguida en el racimo. En el sueño era evidente que la niña llevaba muchos años frente a aquella ventana infinita tratando de terminar el racimo, y que no tenía prisa, porque sabía que en la última uva estaba la muerte. “Lo más raro”, concluyó Delaura, “es que la ventana por donde miraba el campo era la misma de Salamanca, aquel invierno que nevó tres días y los corderos murieron sofocados por la nieve (1994:104-05).

Cayetano, por supuesto, hasta que vio a Sierva María, no sabía que tendría un encuentro con la niña que se le había representado en su sueño: “Delaura la vio idéntica a la de su sueño, y un temblor se apoderó de su cuerpo y lo empapó de un sudor helado. Cerró los ojos y rezó en voz baja, con todo el peso de su fe, y cuando terminó había recobrado el dominio” (1994:113). El bibliotecario, como resulta obvio, ante la extrañeza de esas revelaciones, se preguntó por el sentido de este presagio o destino que se le develaba en esos instantes y, por lo pronto, corrobora la existencia de una fuerza extraña en su vida; hay algo que se mueve sin que él lo decida voluntariamente y tiene que ver con sus sueños recurrentes, como el del paisaje nevado en Salamanca, el cual sirve de fondo para su visión de Sierva María.

Entonces, instalado desde el posible develamiento de su futuro, Cayetano descubrió que los acontecimientos no tienen un carácter gratuito, e incluso cobra otra

dimensión el hecho de que haya vuelto a la tierra natal de su madre en lugar de la de Yucatán, hacia donde originalmente había sido enviado como adjunto del obispo Cáceres y Virtudes: “Sólo el espíritu Santo podía arreglar tan bien las cosas para traerme a la tierra de mi madre, dijo” (1994:123). Pero las coincidencias se tornan alarmantes cuando Sierva María relata a Cayetano el mismo sueño obsesivo que lo había acompañado toda su vida:

Estaba frente a una ventana donde caía una nevada intensa, mientras ella arrancaba y se comía una por una las uvas de un racimo que tenía en el regazo

Delaura sintió un aletazo de pavor. Temblando ante la inminencia de la última respuesta, se atrevió a preguntarle:

“¿Cómo terminó?”

“Me da miedo contártelo”, dijo Sierva María.

Él no necesitó más. Cerró los ojos y rezó por ella. Cuando terminó era otro.

“No te preocupes”, le dijo. “Te prometo que muy pronto serás libre y feliz, por la gracia del Espíritu Santo” (1994:146-147).

En este diálogo observamos un cambio en Cayetano, que se siente otro a raíz del destino que parece develársele; percibe que está llegando a un punto en el que percibe su nuevo ser, todo ello, como se ha podido ver, suscitado por la sola presencia, o mejor dicho, la “aparición” [9] de Sierva María. Es el poder del amor, de la “sed de otredad” de la que habla Paz [10].

Hay otros trazos que contribuyen a que Cayetano se ubique en un umbral distinto de su persona, a su conversión. Es el recuerdo que más lo había marcado, su conversión en la oficina del rector del seminario menor al que se había dirigido para estudiar. Sucede que el rector lo detiene para hablarle del libro que encontraron en su baúl, “descosido, incompleto y sin carátulas, tal como él lo rescató por azar de unos cajones de su padre”. Cayetano lo había leído durante el viaje, y se encontraba ansioso por conocer el final, pero era un libro que no terminaría jamás, según la sentencia del padre, porque estaba prohibida su lectura por el Santo Oficio. Veintiséis años después, en la biblioteca que tenía a su cargo en Cartagena, se percató de que había leído cuantos libros habían pasado por sus manos, autorizados o no, menos aquél, de ahí que “Lo estremeció la sensación de que una vida completa terminaba aquel día. Otra, imprevisible, empezaba” (1994:138). ¿Tal percepción a qué obedece? No hay datos que permitan una interpretación directa, sin embargo sí se puede inferir que siente que está dejando lo aleatorio y está surgiendo lo necesario, la fuerza de un destino revelado que él, atento, iba a alcanzar a descifrar. Y así parece, pues siguiendo su voluntad, aunque resguardado en la petición del Marqués, visita a Abrenuncio a quien le pregunta por el libro que lo inquietó por años, y contando sólo con la referencia de un único pasaje recordado, Abrenuncio le muestra de inmediato *Los cuatro libros del Amadís de Gaula*: “Sin anunciárselo, el médico le puso enfrente un libro que él reconoció al primer golpe de vista. Era una antigua edición sevillana de *Los cuatro libros del Amadís de Gaula*. Delaura lo revisó, trémulo, y se dio cuenta de que estaba a punto de ser insalvable” (1994:156). En la última oración hay ambigüedad en el uso del adjetivo “insalvable”. ¿A quién se refiere a Cayetano o al libro? Si apunta hacia el libro no hay realmente relevancia, pero si va hacia Delaura pienso que se introduce una vez más dentro de lo que en el relato tiene el carácter de lo no casual. Y en este momento es adecuado preguntarse por su interpretación: no se

sabe hasta donde o la forma en que leyó, pero la historia es la de un caballero y el género es la novela de caballerías, lo cual, necesariamente, lleva a pensar que no ha sido ajeno al tópico del amor, pues el final del *Amadís* recrea el encuentro amoroso entre el caballero y la dama añorada. Esa frase de Cayetano es lo que Octavio Paz (1972: 134) llama el encuentro con la otredad a través del amor lo que significa no otra cosa que el amor revela la otra parte del ser, el cual se identifica con el ser amado.

Y, ¿Sierva María sigue también su destino?, ¿se da cuenta de ello? Cuando su padre le inicia en el arte de tocar la tiorba “Ella le preguntó por esos días si era verdad, como decían las canciones, que el amor lo podía todo. ‘Es verdad’, le contestó él pero harás bien en no creerlo”(1994:34-35). Luego, su destino se manifiesta en sus sueños, pues ve su muerte una vez que termine de comer las uvas (recuérdese el pasaje final de la novela cuando come de dos en dos las uvas). A consecuencia de ese sueño tres veces le hace saber a Cayetano que no quiere morir. La idea se presenta también de otra forma, como la posibilidad de que Sierva María muera: “El único riesgo vigente, concluyó Abrenuncio, era que muriera como tantos otros por la crueldad de los exorcismos”(1994:158). Pero Cayetano no ve de esta forma las cosas y concluye que se trata de una exageración propia de la medicina atrasada.

Existe otro evento que contribuye a darle densidad al encuentro con el destino de los enamorados: Sierva María, por una razón u otra, no puede salir del convento y tiene que enfrentar los exorcismos. Primero, porque Cayetano no pudo ser su salvador ni como exorcista (por falta de pericia) ni como enamorado (por exceso de confianza). Y cuando el padre Aquino releva a Cayetano, y parecía próximo el momento en que Sierva sería liberada, éste muere ahogado. El marqués tampoco puede hacer nada pues lo consume la incuria y su patológica indecisión, junto con los dichos contra su posible aliado, el padre Cayetano. Todo parece conducir al irremediable suplicio de Sierva María.

Lo que se ha dicho aquí todavía no puede ser vinculado estrechamente a la *cortesía*, sino a la magia, al encantamiento, y da pie a entender la grandeza de un amor vivido más allá de los individuos, más allá de sus propios movimientos vitales individuales y conscientes. Muestra también el sino trágico de los protagonistas y proporciona una atmósfera, por llamarle de un modo, elegíaca a la novela, siempre contrapunteada por sucesos extraños, aunque el tono del texto siempre sea ligero.

La *cortesía* halla, pues, su expresión en el requiebro amoroso, por ello se hace un repaso de lo que se considera fundamental en este aspecto: la relación de “vasallaje” y “servicio” en la novela, esencial en el ritual amoroso. Empezamos la reflexión a partir de este diálogo entre Cayetano y Sierva María:

‘Soy más mala que la peste’, dijo.

Delaura no le contestó con los evangelios sino con Garcilaso:

‘*Bien puedes hacer esto con quien pueda sufrirlo*’.

Se fue enardecido por la revelación de que algo inmenso e irreparable había empezado a ocurrir en su vida (1994:120).

¿Quién habla?, el vasallo, con la voz prestada de Garcilaso de Vega (citado en cursivas), el poeta del amor cortés. Él establece aquí la relación de “inferioridad” y se siente complacido al postrarse ante la dama que lo atrae *con yugo de amor*. Y repite de nuevo al poeta: “*En fin a vuestras manos he venido do sé que he de morir*”. En la

página siguiente, Cayetano, de nuevo con Garcilaso, le dijo con voz ardiente a su señora: “*Por vos nació, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero*” ¿Qué más puede decirse si Garcilaso es el más insigne poeta de la *cortesía* castellana?: “Se retiró a la biblioteca más temprano que de costumbre, pensando en ella, y cuanto más pensaba más le crecían las ansias de pensar. Repitió en voz alta los sonetos de amor de Garcilaso” (1994:122). Y qué decir de los retozos, acompañados por las razones de amor de los versos de este poeta, aprendidos de memoria desde mucho antes de que Cayetano conociera a Sierva y memorizados rápidamente por Sierva María: “*Cuando me paro a contemplar mi estado y a ver los pasos por do me has traído*” o también: “*Yo acabaré, que me entregué sin arte a quien sabrá perderme y acabarme.*” Se observa, en estos pasajes que, en primer lugar, expresan que el caballero cede su libertad a su dama; esto significa, en la secuencia del amor cortés, la sumisión del caballero que se rinde a la dama y que con la retórica particular del amor cortés se expresa en una indefensión total ante el “enemigo”, la dama, cuya presencia significa no sólo la efigie de la soberana, sino también la del verdugo. Es la metáfora del amor como una guerra en la cual el caballero desarmado se entrega a su dama poderosa.

Pero hay aquí algo curioso: Delaura hace repetir a Sierva María los versos de amor, como una oración religiosa. Interesante efecto que combina la conducta religiosa y sus prácticas con el erotismo, situación que, como lo apuntan Paz y Bataille, no es para nada extraña en este tipo de discursos.

‘Repíte conmigo’, le dijo: ‘En fin a vuestras manos he venido’.

Ella obedeció. ‘Do sé que he de morir’, prosiguió él, mientras le habría el corpiño con sus dedos helados. Ella lo repitió casi sin voz temblando de miedo: ‘Para que sólo en mí fuese probado cuánto corta una espada en un rendido’. Entonces la besó en los labios por primera vez (1994:173-174).

Si hasta aquí está constatada esa relación de vasallaje que da la entrada al amor cortés, sobre todo si es indicada por los poemas de Garcilaso de la Vega, toca observar los otros aspectos señalados que regulan la *ley de la cortesía*. Aquí es donde, hasta cierto punto, se rompen las reglas debido a la carga erótica del amor entre Sierva y Cayetano; pero, como se había observado, una cosa es un ideal planteado en las leyes del amor cortés y otra es la realidad de ese amor, que con bastante frecuencia está al margen del matrimonio y no es nada platónico, sino totalmente apasionado por el cuerpo (Rougémont, 1997:352).

Visto esto no cabe duda de que el erotismo, en la novela, recibe un tratamiento que no deja de ser problemático, para que sea asimilado sin más al amor cortés. Desde esta perspectiva el erotismo no puede ser considerado como una manifestación de la sexualidad, como una impureza que contamina el “verdadero amor” (*vrai amour*), pues entre los enamorados debe ser preservado el ideal del amor mediante la castidad. Y tanto Cayetano como Sierva María parecen no haber llegado al coito pese a que “se revolcaban en cenagales del deseo” y sentían “el prodigio de sentirse en otro cuerpo.” La castidad -es importante notarlo porque él lleva la dirección del rito del amor hacia el amor cortés y Sierva María tendería hacia el amor libre propio de la vida de las barracas de los esclavos- es una conducta que también impone Cayetano: “Pues él había decidido mantener su voto hasta recibir el sacramento, y ella lo compartió.” El voto al que se refiere este pasaje es de la castidad, propio del sacerdote y el sacramento es el matrimonio. De esta forma estamos ante el propósito de legitimar un amorío secreto [11] entre una niña y un sacerdote. Este vínculo amoroso repugna a las ideas morales dominantes y al mismo Cayetano [12], defensor por años de la ortodoxia moral y observador del voto de castidad.

Es preciso recordar que el amor cortés no tenía como finalidad el matrimonio, sino que un amor libre que estaba más allá de las instituciones y que al mismo tiempo, por llamarlo de alguna manera, por lo menos idealmente era platónico, o mejor dicho, contemplativo, pues su finalidad no era el contacto sexual, aunque, por supuesto, no excluye cierta dimensión erótica (aunque es un erotismo velado, como se dejó establecido). Sin embargo, estos datos hay que interpretarlos en función de algo distinto: lo prohibido, el obstáculo deseado -y generado también- propio de la *cortesía* [13], pues quienes aman cortésmente rehuyen a la normalidad, al cauce homogéneo de la vida, como lo apuntan Singer y también Bataille (2000:86-87). Pero si Sierva y Cayetano quieren el matrimonio, el final feliz a su amor, el fin a su obstáculo principal, la sospecha de que Sierva está endemoniada y la condición sacerdotal de Cayetano, ¿hay lugar, pues, para la cortesía? :

Hay elementos del amor cortés como a la idea de “vasallaje” y “servicio” del caballero a la dama manifiestos en la novela como las pruebas de amor que tiene que pasar el sacerdote, primero, para ser amado y luego para demostrar la fuerza de su amor. Sin embargo, las pruebas que debe pasar el amador tienen un carácter poco gentil, por decirlo de alguna manera. En apoyo a esta tesis está el hecho de que aprendizaje amoroso de Sierva sucede a través de los sonetos de Gracilaso de la Vega, continuador en vida y obra de la tradición cortés. Y quien enseña los sonetos es el propio Cayetano. Pero el también sufre un aprendizaje en el amor-pasión.

Es revelador, pues, el fragmento que por su importancia, pese a su extensión, se transcribe por completo, pues es una muestra de las pruebas que tiene que pasar Cayetano para afirmar su amor:

Él no le hizo caso, y la niña le soltó una ráfaga de escupitajos en la cara. Él se mantuvo firme, y le ofreció la otra mejilla. Sierva María siguió escupiéndolo. Él volvió a cambiar la mejilla, embriagado por la vaharada de placer prohibido que le subió de las entrañas. Cerró los ojos y rezó con el alma mientras ella seguía escupiéndolo, más feroz cuanto más gozaba él, hasta que se dio cuenta de la inutilidad de su rabia. Entonces Delaura asistió al espectáculo pavoroso de una verdadera energúmena. La cabellera de Sierva María se encrespó con vida propia como las serpientes de Medusa, y de la boca salió una baba verde y un sartal de improperios en lenguas de idólatras. Delaura blandió su crucifijo, lo acercó a la cara de ella, y gritó aterrado: “Sal de ahí, quienquiera que seas, bestia de los infiernos (1994:163).

Se puede observar la mezcla del placer erótico con lo que se considera demoníaco: los escupitajos de la energúmena avasallando a Cayetano con la sensación de lo prohibido. Pero también puede verse como las pruebas tempranas del amor. Después, viene el terror provocado por la presencia del amor-demonio, como puede verse con nitidez en el siguiente fragmento:

Huyó a la biblioteca, pero no pudo concentrarse para rezar. Al cabo de un tiempo logró rezar con la fe exacerbada, cantó la canción de la tiorba, lloró con lágrimas de aceite ardiente que le abararon las entrañas. Abrió la maletita de Sierva María y puso las cosas una por una sobre la mesa. Las conoció, las olió con un deseo ávido del cuerpo, las amó, y habló con ellas en hexámetros obscenos, hasta que no pudo más. Entonces se desnudó el torso, sacó de la gaveta del mesón de trabajo la disciplina de hierro que nunca se había atrevido a tocar, y empezó a flagelarse con un odio insaciable que no había de darle tregua hasta extirpar en sus entrañas hasta el último vestigio de Sierva María (1994:163).



Cayetano aparece “tocado” por el llamado “amor loco” y por esa razón, “Aquel remanso de tantos años se convirtió en su infierno desde que conoció a Sierva María” (1993:116). La pasión, como lo dice Bataille, “puede tener un sentido más violento que el deseo de los cuerpos” (2002:24). Sin embargo, para Cayetano esto es más brutal, pues cae en el “abismo de la lujuria”. En efecto, en este pasaje, en principio, no puede llevarnos directamente al amor cortés: es el erotismo casi animal que parece olvidar todas las reglas que no sean las de la sexualidad. Así, obsérvese que luego de entrar en contacto con Sierva, Cayetano cae en un estado de desesperación erótica muy bien narrada cuando, en un *crescendo* de exacerbación, pasa de una actitud fetichista a los rezos desesperados, a canciones desentonadas acompañadas por tiorba (un instrumento muy socorrido para las canciones de amor cortesanías), a las lágrimas, los “hexámetros obscenos” y, finalmente, a la flagelación por el sentimiento de culpabilidad que lo avasalla. Una vez liberado de la culpa Cayetano deja de asumir la conducta ascética [14] y vuelve al amor, pues le basta con que su amada sepa de sus “dolores” amorosos para soltar el lastre de “pecado y demonios” que momentos antes lo atormentaban [15]. Y vuelve al amor con la poesía en particular con la del gran poeta del amor cortés Garcilaso de la Vega.

En cuanto al carácter furtivo de la relación y, por tanto, trasgresor del amor cortés y del erotismo, se hace patente por la importancia que tiene lo prohibido. En efecto, una niña reputada como poseída por el demonio y un sacerdote que la requiere de amores constituyen buenos ejemplos de trasgresión. Sin embargo, los personajes no responden fielmente al estereotipo cortés: una niña y el religioso están a bastante distancia de una dama casada y un noble caballero de armas o, por lo menos, trovador. Tampoco está presente el motivo del “obstáculo querido”, porque los amantes pretenden superar de la mejor manera los impedimentos a su amor:

En los remansos de la pasión empezaron a disfrutar también de los tedios del amor cotidiano. Ella mantenía la celda limpia y en orden para cuando él llegaba con la naturalidad del marido que volvía a casa. Cayetano la enseñaba a leer y escribir y la iniciaba en el culto de la poesía y la devoción del Espíritu Santo, a la espera del día feliz en que fueran libres y casados (1994:89).

¿Cómo comprender esta situación? Ante todo hay que observar el carácter furtivo de la relación cortés, tal como sucede en el amor de Cayetano y Sierva, que continuará pese a todo en el marco de lo furtivo y formarán la llamada “pareja infernal” por Markale [16]. Sin embargo, Cayetano, pese a su condición de infractor-seductor sabe que su unión estará santificada (matrimonio oculto que incluye la virginidad de Sierva), pese a lo que él considera las instituciones.

Ahora, ¿cómo aparece tratada la castidad?. El carácter casto del amor cortés, que evita la consumación del amor y lo mantiene en perpetuo deseo, es franqueado por Cayetano y Sierva. Un fuerte erotismo fue el factor que finalmente los hace ir más allá de dicha forma amorosa. Ésta pide castidad por decoro moral y como mecanismo para llegar a la sublimación. Se advierte que la ritualidad de la *cortesía* cede, justamente por lo acartonado e ideal de su propuesta, a la “ceremonia”.

Queda por hablar del amor cortés desde otra dimensión que considero muy importante, la de sus vínculos con la muerte. Recuérdese que la muerte es el fin querido consciente o inconscientemente por los amantes que pretenden amarse más allá de todo límite porque este punto significa la unión perfecta: “Y sin darle tiempo al pánico se liberó de la materia turbia que le impedía vivir. Le confesó que no tenía un instante sin pensar en ella, que la vida era ella a toda hora y en todas partes, como sólo Dios tenía el derecho y el poder de serlo, y que el gozo supremo de su corazón sería morir con ella” (1994:171). Cayetano reafirma más adelante su posición ante los hechos: “La fiebre cedió. Cayetano habló en las tinieblas. ‘En el Apocalipsis está

anunciado un día que no amanecerá nunca’, dijo ‘Quiera Dios que sea hoy’. Otro fragmento también revelador, hasta cierto punto, pues marca el deseo de unión de Sierva María en otro lugar más allá del mundo real y sus obstáculos:

El 29 de mayo, sin alientos para más, volvió a soñar con la ventana de un campo nevado, donde Cayetano no estaba ni volvería a estar nunca. Tenía en el regazo un racimo de uvas doradas que volvían a retoñar tan pronto como se las comía. Pero esta vez no las arrancaba una por una, sino de dos en dos, sin respirar apenas por las ansias de ganarle al racimo hasta la última uva. La guardiana que entró a prepararla para la sexta sesión de exorcismos la encontró muerta de amor en la cama con los ojos radiantes y la piel de recién nacida (1994:201).

Es importante rescatar la idea de la muerte “de amor” de Sierva María. Pudiera parecer un tanto forzada esta interpretación porque Sierva aparentemente perece contra su voluntad; pero puede ser que no porque el exorcismo no consiste en otra cosa que rezos. Lo importante aquí es advertir que muere de amor, acaso voluntariamente porque se encuentra separada de su amado, sin saber la razón; muere, pues, por la tristeza de no verlo de no saber de él. Y en el caso de Cayetano si bien no fenece, ni puede contagiarse de la lepra para castigarse, tampoco en su mente cabe la idea del suicidio para alcanzar a su enamorada; prefiere el suplicio terrenal, tal vez porque es más doloroso y así pagar por su inadvertencia. En fin, cada quien padeció su suerte (o destino). Esto qué significa desde la perspectiva del amor cortés. Como lo señala Victorio (1983:30), este amor presenta dos opciones para la salida: el matrimonio, con lo cual los amantes pierden la cortesía a favor de la “vulgaridad” o la tragedia, el final funesto, como es el de la novela, en donde vemos que la separación conduce a la falta de alegría, a la desdicha.

Pero cabe una lectura más de este final; es un ir más allá de la historia y recordar en la introducción García Márquez señala que existe una devoción popular -y como tal, jamás exento de superstición- hacia la niña de los cabellos de oro. Esto podría llevar a pensar que existe en la novela una alusión a la condición de mártir de Sierva; y todo mártir vive feliz su suplicio ¿Mártir del amor también?

## **Bibliografía**

CAMPBELL, Joseph (1991), *El poder del mito. En diálogo con Hill Moyers*, EMECE Editores, Barcelona.

DE LA VEGA, Gracilazo (1982), *Obras poéticas completas*, Castalia/Ayuntamiento de Madrid, Madrid.

FRENZEL, Elizabeth (1980), *Diccionario de motivos de la literatura universal*, traducción de Manuel Abella Martín, Gredos, Madrid.

GARCÍA, Márquez Gabriel (1994), *Del amor y otros demonios*, Diana, México.

MARKALE, Jean (1998), *El amor cortés o la pareja infernal*, traducción de Manuel Serrat Cresto, Medievallia, Barcelona.

HUIZINGA, Johan (1973), *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre las formas de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, traducción de José Gaos, Revista de Occidente, Madrid.

MARTINEZ DE TOLEDO, Alonso (1978), *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, Porrúa, México.

MINOIS, George (1994), *Historia de los infiernos*, traducción de Luis Ciprés, Paidós,

Barcelona.

PAZ, Octavio (1998), *La llama doble*, Seix Barrial, México.

ROUGEMONT, Denis (1997), *El amor y Occidente*, traducción de Antoni Vicens, Cairós, Barcelona.

SINGER, Irving (1992), *La naturaleza del amor cortés y romántico*, V 2, traducción de Victoria Schusseim, Siglo XXI, México.

TRÍAS, Eugenio (1991), *Tratado de la pasión*, CONACULTA/Mondadori, México.

VICTORINO, Juan (1983), *El amor y el erotismo en la literatura medieval*, Editora Nacional, Madrid.

WECKMAN, Luis (1994), *La herencia medieval de México*, FCE/El Colegio de México, México.

## Notas:

- [1] Recuérdese que el cabello de Sierva creció poco más de 22 metros después de muerta. La explicación que se señala por el narrador y que recoge de la tradición popular no es creíble, según nuestro rango de experiencia que se denomina sentido común. Los parámetros científicos vigentes tampoco lo pueden explicar satisfactoriamente. Así que el calificativo “maravilloso” nos parece adecuado.
- [2] George Minois apunta que “El final de la Edad Media y el comienzo de los tiempos modernos son una de esas épocas privilegiadas en las que el exceso de desgracias hace que se resquebraje el tenue barniz de civilización y se despierte el demonio que dormita dentro de cada hombre”. (1994:252) En el mundo hispánico en mayor o menor medida se vivía dentro de este marco.
- [3] Autores como Markale (1998) y Singer (1992) coinciden en que el nacimiento del “amor cortés” o “*fin amor*” sigue siendo muy oscuro, así como las causas que lo provocaron. Markale (1988:95) señala que el término usado con más frecuencia en esos siglos para referir el amor cortés fue el de “*fin amor*” y que es determinable sobre todo gracias a las canciones de los trovadores y a los romances llamados ahora “cortesés”. Propone que la expresión apunta hacia dos sentidos: uno, advierte que es un amor llevado hasta el extremo, hasta el fin; el otro, también detenido en el sentido de *fin*, es el de finura, delicadeza en el trato amoroso. Denis de Rougemont ubica

también su origen remoto en el siglo xii en un periodo en que las elites en el poder hacían un gran esfuerzo de reordenamiento social y moral. Finalmente, todos coinciden en que el amor cortés significó una revolución en el plano del sentir pues “El sentido del amor cortés, en la Edad Media, está en contradicción directa con la enseñanza de la Iglesia [...] La iglesia Católica Romana, que justificaba matrimonios que eran de carácter puramente social o político. Por eso nació este movimiento validando la elección individual” (Campbell, 1991:264). Hay que recordar también que la palabra “cortés” alude a la categoría social de los amantes, a quienes puede identificárseles como elementos de la nobleza, andadores o habitantes de los palacios y castillos. Y dada la sublimidad concedida a dicho sentimiento, se consideró que sólo el cortesano tenía la aptitud amorosa. En este sentido, y para explicar el origen del amor cortés al que llama “erótica mediata”, Huizinga comenta: “La aspiración a estilizar el amor era más que un juego vano. Era la violencia de la pasión misma la que impulsaba a la sociedad de la última Edad Media a dar a su vida la forma de un bello juego, sometido a nobles reglas. De no querer entregarse a una ruda barbarie, era necesario encajar los sentimientos en formas fijas. En las clases inferiores quedaba la domesticación de la licencia abandonada a la Iglesia [...] En la aristocracia, que se sentía en este punto independiente de la Iglesia por poseer un poco de cultura profana, formóse con el ennoblecimiento de la erótica misma un freno para el desenfreno” (1973:171).

- [4] No se olvide que la infidelidad o “fornicación” era un pecado mortal pues estaba expresamente prohibida por la ley cristiana: “¡Oh, malaventurado e infame aquel e aún más que bestia salvaje, e peor aún debe ser dicho e reputado, aquel que por un poquito de delectación carnal dexa los gozos perdurables, e perpetualmente se quiere condenar a las penas infernales” (Martínez de Toledo, 1978:6). Todavía el mismo Martínez de Toledo (1978:7-19) enumera varias razones por las cuales “ninguno non debe usar nin querer de mujeres amor”: 1) porque “ofende a Dios, a sí mismo e a su próximo”; 2) porque por amor “se siguen muertes, omezillos e guerras;” 3) porque el que ama sabe que su amor es incierto (“el que ama es en su amar del todo temeroso”; 4) porque el que ama “enloquece,” por sufrimiento; 5) porque muchos “perjuran e son criminosos”, esto es, mienten y cometen actos que van contra la ley.
- [5] En este sentido piensa Markale (1988:240-241) que la castidad en la *cortesía* era realmente imposible: “No hay, pues, en este punto duda posible: las satisfacciones concedidas al amante -y compartida por la dama- nada tiene de “platónico”. Se trata, efectivamente, de relaciones sexuales: son, primero, la visión por el amante de todo o parte del cuerpo de su dama, luego de caricias cada vez más concretas y cada vez más íntimas. Pero si estos “juegos” podían, en la mayoría de los casos, concluir con un orgasmo del hombre o de la mujer.” Pero, continúa este autor, “el sexo no es una finalidad sino un modo de actuar, necesario para aprehender un más allá que se escurre sin cesar (Markale, 1998:93).
- [6] Esta transfiguración hay que entenderla como la superación de la conciencia del estado de separatividad y el arribo a una unidad original.
- [7] O, según Markale (1998:239), “El gozo del amante nace de su sufrimiento. Pero es posible que la dama sufra también una situación que, sin embargo, instaura y de la que se hace cómplice. Resulta muy delicado analizar todas las motivaciones profundas de semejante comportamiento erótico, [...] el amor está vinculado al sufrimiento y, a menudo, en su fase final, a la muerte.”

- [8] Desde otra perspectiva Eugenio Trías sintetiza y con bastante claridad, esta concepción: “El amor-pasión quiere un imposible, continuamente subrayado por Gottfried van Strassburg, "que dos sean uno". Pretende rebasar el estatuto individual de la pareja unida en dúo de amor, hasta alcanzar un punto de fusión del dos en uno. Y acaso del uno en uno. Ese imposible sólo se resuelve en el instante de la muerte. Pero de una muerte que es "muerte a dos", un genuino "dúo-cidio", en el cual cada uno vive o pretende vivir su muerte y la del ser amado, alcanzándose entonces la fusión. De ahí que el amor pasión trame una relación intrínseca, desde su desencadenamiento, con la muerte [...], o sea, un amor que se desarrolla en el horizonte de la muerte. Esa muerte es querida y deseada, es vivida como "verdadera vida". Esa muerte de Amor, en última instancia, el objeto propio de ese anhelo o deseo llamado amor-pasión” (1991: 25-26).
- [9] Markale (1998:247-248) observa que en el marco del amor cortés occidental, “el encuentro de la dama y el amante sólo puede producirse al cabo de una larga búsqueda iniciática, de ahí una interminable serie de presagios, desventuras, sufrimientos, heridas y alejamientos [...]”
- [10] Refiero esta idea de Paz (1998:37): “Ante la aparición, porque se trata de una verdadera aparición, dudamos entre avanzar y retroceder. El carácter contradictorio de nuestras emociones nos paraliza. Ese cuerpo, esos ojos, esa voz nos hacen daño y al mismo tiempo nos hechizan. Nunca habíamos visto ese rostro y ya se confunde con nuestro más remoto. Es la extrañeza total y la vuelta a algo que no admite más calificativo que el de entrañable. Tocar ese cuerpo es perderse en lo desconocido; pero, asimismo, es alcanzar tierra firme. Nada más ajeno y nada más nuestro. EL amor nos suspende, nos arranca de nosotros mismos y nos arroja a lo extraño por excelencia: otro cuerpo, otros ojos, otro ser. Y sólo en este cuerpo que no es el nuestro y en esa vida irremediamente ajena, podemos ser nosotros mismos. Ya no hay otro, ya no hay dos. El instante de la enajenación más completa es el de la plena reconquista de nuestro ser. También aquí todo se hace presente y vemos el otro lado, el oscuro y escondido, de la existencia. De nuevo el ser abre sus entrañas.”
- [11] Según Frenzel “El motivo del matrimonio secreto, motivo que suple temporalmente al de la relación amorosa secreta, en principio no se diferencia de éste. Sirve para el descargo moral de los amantes que se entregan a escondidas permitiéndoles entregarse por entero a su amor sin vulnerar su decoro. Debe también revelar la voluntad de ambos para un vínculo duradero, pero en realidad no es más que un triunfo, disfrazado de matrimonio, del amor libre como la forma fundamental del motivo” (1980:293). No hay que olvidar que es muy probable que García Márquez esté pensando en la moral tradicional colombiana. Para la Iglesia el concubinato significaba una negación de la monogamia y caía bajo el concepto de prostitución uno de los pecados mortales que ofendía a la comunidad cristiana. Por lo demás, como lo recuerda Frenzel (1980:329), “La gravedad del castigo recaía sobre todo en la mujer, que ya en sí era considerada la puerta del Diablo y cuya falta podía reconocerse como fruto de su acto (...).”
- [12] Hay que recordar que el sacerdote es una de las figuras que limitan y a la vez que tientan al erotismo, como bien lo observó Octavio Paz, porque su papel es el ataque y control de "el ímpetu del goce libidinoso". Por ello, "su caída" resulta ser un triunfo del erotismo; así, según los habitantes de Cartagena, el enamoramiento del hombre de confianza del obispo obedece a la lógica de la tentación demoníaca.

- [13] Un motivo fundamental de la literatura, como lo marca Frenzel, es el de la relación amorosa secreta. Señala, en síntesis, que “El motivo adquiere su atractivo no sólo por la posible exposición de un encuentro íntimo de dos amantes, sino sobre todo por el peligro que implica el encuentro secreto” (1980:293). Este motivo, muy socorrido en siglos anteriores, se caracteriza, por los siguientes elementos: la mujer es quien está impedida, generalmente, en su libertad de acción. La cita, entonces, tiene lugar en la casa de la mujer o en sus alrededores. Una mujer era considerada siempre sospechosa de ser seducida por lo que su padre (o su marido) podía optar por encerrarla y colocar guardianes como custodios. La relación puede terminar con la superación de los peligros o con la muerte de los amantes. Como puede verse, este motivo es central en la novela, aunque García Márquez le da sus propias variaciones: la casa es la cárcel, los guardianes son las monjas, etcétera.
- [14] La ascesis dice Markale (1988:230) “Ascesis. Ya sea que se sienta culpable con respecto al ser amado [...] el sujeto amoroso esboza una conducta ascética de autocastigo. Puesto que yo soy culpable de esto, de aquello [...] me voy a castigar, voy a maltratar mi cuerpo.”
- [15] El amor cortés es un ritual, esto es, una conducta a seguir regida estrictamente por un conjunto de normas encaminadas a encontrar algo que está más allá de lo meramente cotidiano. El rito del amor cortés toma forma en un conjunto de leyes (a semejanza de las leyes de caballería) que los amadores deben respetar si se precian de ser tales: “Mesura, Servicio, Proeza, Larga Espera, Castidad, Secreto y Gracia.” Estas virtudes conducen a la felicidad, que es signo y garantía del *vray Amor* (Verdadero Amor) (Rougemont, 1997:123). Es una alegría que surge del dolor de amar y que no pocas veces llegó a la desesperación y la muerte. La XXIII regla cortés dice: “no duerme ni come, aquél a quien pasión de amor recorre” (Markale, 1998:87). Situación que en nada contradice el oxímoron que anida en la pasión cortés: estoy alegre porque sufro de amor, dice el amador.
- [16] “Como los caballeros armados, los caballeros del amor también tienen pruebas. “Una prueba durante la cual, sean cuales sean los sufrimientos soportados, el amante desea con todo su ser llegar a una perfección encarnada por la dama. La pareja así formada es infernal en la medida en que es inmoral frente a la moral tradicional, y en la medida en que aporta turbación y sufrimiento a aquel que, a plena conciencia, se entrega a la mujer divina o diabólica a la que ha elegido (Markale, 1998:42).

© *Julieta García* 2007

*Espéculo. Revista de estudios literarios.* Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

